

tierras y se defendió del mestizaje, mediante el empleo de diversos mecanismos, tales como prohibir los matrimonios mixtos para impedir que extraños a la comunidad, al casarse con mujeres indígenas, ocuparan las tierras de la parcialidad. Esta disposición se adoptaba a partir de una clara discriminación de las mujeres, inmersas en un ambiente patriarcal, reforzado por el carácter conservador en el ámbito político y católico en el plano religioso. Como lo demuestra Appelbaum, esto era posible porque la comunidad indígena se imaginaba como una *familia patriarcal*, lo cual se expresaba en que el Cabildo estaba formado sólo por varones, el gobernador era el patriarca y las cuadrillas de trabajo eran masculinas. En relación con este último aspecto debe resaltarse que la comunidad de San Lorenzo desmentía en la práctica el mito que los indígenas eran perezosos, puesto que allí se erigieron formas de trabajo comunitario para evitar la descomposición del grupo y la apropiación de tierras, así como para construir obras, como la escuela y la capilla, y mantener al cura doctrinero.



Lo que permitió la cohesión de la comunidad fue ese carácter patriarcal, conservador y católico, pero esto fue lo que también motivó que en la década de 1940 los liberales dividieran el resguardo y disolvieran el Cabildo, con lo cual se empezó a resquebrajar la férrea unidad que había mantenido la comunidad de San Lorenzo y muchos comuneros se vieron obligados a emplearse como peones

que recolectaban café en las fincas circundantes y las tierras del resguardo fueron apropiadas por empresarios privados. En la memoria colectiva de los descendientes de San Lorenzo esta ruptura se encuentra asociada a la irrupción brutal de los antioqueños, al señalar que lo que existía en el seno de la comunidad antes de 1944 era indio y lo que se impuso después era blanco antioqueño, oponiendo el comunitarismo indígena al mercantilismo y la chicha al aguardiente.

Hasta aquí el contenido del libro que puede catalogarse como una desmitificación a fondo del mito heroico, chovinista y racista de la colonización antioqueña, sobre el cual se ha justificado la expropiación de tierras de indios, negros y mestizos, desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. Esta es la idea más sugestiva, puesto que el asunto no es una cuestión del pasado, ya que ahora, escondido tras el pretendido carácter laborioso y emprendedor del antioqueño, se ha camuflado una lógica criminal de “echar p'lante” y eliminar todos los obstáculos, encubiertos con la cantaleta de “trabajar, trabajar y trabajar”, no importa a qué costo ni a quién haya que arrasar o destruir. Esto ha servido, entre otras cosas, para justificar el robo de tierras, la expulsión de campesinos, indígenas y afrodescendientes de tierras de Urabá, Chocó, Córdoba y otros lugares del país.

Por último, es necesario decir que la traducción del libro presenta algunos problemas de redacción, aunque no logran disminuir su seriedad y rigor. Como es característico de las investigaciones adelantadas por historiadores estadounidenses, este libro presenta un abundante respaldo documental, tanto de fuentes primarias como secundarias, y además un trabajo de campo, que permitió a su autora vivir en Riosucio, escarbar en sus archivos y dialogar con muchos habitantes de la región. Un descuido del libro, que hace innecesariamente pesada su lectura, se encuentra en que las notas a pie de página son más largas de la cuenta, porque se hacen reflexiones que

podrían incorporarse al texto central. Esta manía académica cada vez más frecuente lleva a que en realidad no se escriba uno sino dos libros, uno en el texto principal y otro en las notas a pie de página. Además, estas notas van numeradas de 1 hasta 358, sin separarlas para cada capítulo, lo que hace más aburridora su lectura.

Aparte de estos errores de menor importancia, el libro tiene mapas e ilustraciones que invitan a su lectura, pero lo más importante se encuentra en la coherencia del argumento y en la sustentación a fondo de los rasgos de despojo y expropiación de tierras y de seres humanos que subyacen tras el mito castrador de la colonización antioqueña, que tanto ha servido para sustentar los proyectos más antidemocráticos y oligárquicos en la historia de Colombia, como puede comprobarse en tiempos del embrujo autoritario del hacendado paisa del Ubérrimo.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Un personaje insólito

Juan Friede, 1901-1990: vida y obras de un caballero andante en el trópico

José Eduardo Rueda Enciso

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2008, 596 págs.

En Colombia, a diferencia de otros países de América Latina, no han llegado significativas corrientes migratorias procedentes del exterior, factor que, entre otros aspectos, contribuye a explicar ese carácter cerrado, parroquial, intolerante, clerical y, en tiempos recientes, xenófobo y chovinista que ha sido dominante en el país durante el siglo XX. Incluso, en los pocos momentos en que llegaron “extranjeros” al país, como en el periodo de la Segunda Guerra Mundial, no faltaron las voces que los rechazaron con el

argumento de que eran judíos o perseguidos políticos que poco contribuían al desarrollo de Colombia. Entre otras cosas, ese fue el prejuicio esgrimido por personajes como Luis López de Mesa o Laureano Gómez para rechazar la llegada de prominentes pensadores que huían del fascismo europeo, y que hicieron notables aportes al arte, las ciencias sociales y la educación y se constituyeron en los formadores de las primeras generaciones de investigadores sociales de este país.

Por esta circunstancia, adquiere relevancia el estudio de algunos de los pocos personajes foráneos que se radicaron y se quedaron en Colombia, a pesar de la Violencia y de la intolerancia de que fueron víctimas en ciertos momentos de su estancia en este país. En ese sentido, uno de los casos más notables, por su carácter casi novelesco, es el del polaco-ucraniano-judío Juan Friede Alter, quien llegó al país por primera vez en 1926 y desde entonces se hizo colombiano por convicción y vocación.



La vida de Juan Friede es reconstruida en la obra que comentamos y que fue escrito por el historiador y antropólogo José Eduardo Rueda Enciso, quien realizó una exhaustiva investigación a la que le dedicó,

como él mismo lo recalca, veintiocho años. El resultado de esa labor de seguimiento a la vida de su personaje lo llevó a indagar en una diversidad amplia de fuentes, entre las que sobresalen los documentos del archivo personal de Friede, actas de la Academia Colombiana de Historia, periódicos, revistas y relatos y testimonios de familiares y amigos del mencionado personaje.

Friede, además, se presta para hacer una interesante reconstrucción puesto que su vida es bastante insólita, como queda patentizado en la lectura de este libro. Para empezar, el lector que haya consultado algún libro de Juan Friede, un prolífico escritor que incursionó en el campo de la crítica literaria, la historia y la antropología, no se imagina que un autor tan exhaustivo y riguroso en el manejo de las fuentes históricas no era un académico profesional —aunque haya obtenido títulos universitarios en Europa— sino un comerciante que llegó a nuestro país para desarrollar actividades mercantiles, siendo su principal actividad la venta de automóviles, labor que ejerció durante más de quince años, en la zona cafetera, principalmente en la ciudad de Manizales.

En general, es raro y sorprendente que un comerciante, cuya actividad en principio no tiene ninguna relación con el saber en general y menos con el saber social, haya venido a Colombia como agente de una casa alemana con el fin de efectuar negocios y se haya convertido en uno de los investigadores más importantes de este país en el siglo xx, y en uno de los pioneros de la moderna indagación histórica y antropológica en Colombia.

Todavía más raro aparece ante cualquier persona que ese mismo individuo, luego de incursionar con bastante éxito en el mundo de los negocios por más de veinte años, en donde amasó al parecer una apreciable fortuna, destinara parte de sus ingresos a promover jóvenes pintores y luego se consagrara a investigar no sobre las clases dominantes ni las elites criollas sino sobre los

indígenas, los grupos humanos más despreciados y marginados en este país desde la época de la conquista española en el siglo xvi.



Desde el punto de vista intelectual, Juan Friede es uno de los fundadores de las ciencias sociales en Colombia y se destaca al lado de otros dos “extranjeros”, el geógrafo Ernesto Guhl y el antropólogo Gerardo Reichel-Dolmatoff, quienes llegaron también en la década de 1930 y cuya obra está ligada, en forma entrañable, con nosotros. Pero a diferencia de estos dos últimos, Friede tampoco estuvo vinculado de manera permanente al mundo académico convencional y universitario, sino que se desarrolló siempre de una forma autónoma, financiando sus investigaciones con sus propios recursos. Además, Friede rehusó siempre los cargos oficiales permanentes porque temía, con toda razón, que eso lo alejara de la investigación y lo obligara a plegarse a los apetitos burocráticos, que tanto daño le han hecho al saber social en Colombia, como se demuestra con el patético caso de la Nueva Historia, cuyos portavoces terminaron siendo, casi sin excepción, burócratas de segundo rango que dejaron de investigar y muchos

de ellos se han convertido en voceros activos del guerrerismo oficial que se ha instaurado, a sangre y fuego, en los últimos años en este país.

La vida de Juan Friede es reconstruida con paciencia y cuidado por Rueda Enciso a lo largo de diecinueve capítulos y dos partes, los cuales, como es de rigor en una reconstrucción biográfica, tienen una línea secuencial que va desde los primeros años del personaje hasta su muerte. Es una dilatada vida de casi un siglo que se rehace con esmero y minucia, rindiéndole el mejor tributo a Friede como éste mismo lo hacía en sus obras y con los personajes que estudió (como Nicolás de Federman, Gonzalo Jiménez de Quezada y, sobre todo, el obispo Juan del Valle), con un escrupuloso manejo documental que permite apoyar cada afirmación en un dato verificable.

En esta reseña queremos destacar sólo algunos de los momentos de la apasionante vida de Friede, que son rescatados por Rueda Enciso, en concreto los relacionados con su actividad como promotor de arte, el indigenismo y su labor en San Agustín, y sus contribuciones a la historiografía colombiana.

Friede promotor y crítico de arte

En cuando a su labor como promotor de arte, Friede cumplió un papel de pionero —papel, por desgracia, poco conocido— en dos sentidos: de un lado fue el encargado de inaugurar la primera galería de arte que se abrió en Colombia, en 1940, en una de las calles céntricas de Bogotá, y por la cual desfilaron los pintores más importantes del país, algunos de los cuales desollarían, incluso a nivel internacional, como el entonces joven pintor Alejandro Obregón; de otro lado, Friede también elaboró las primeras críticas de arte plástico, no sólo en los catálogos de las exposiciones sino en varios libros que escribió y editó en la década de 1940 sobre los pintores Carlos Correa y Luis Alberto Acuña. Friede fue promotor del grupo de los Bachués que reivindicaba a los indígenas como la fuente

nutricia de sus producciones estéticas. Resultaba paradójico que el encargado de darle apoyo a ese tipo de artistas fuera un personaje que no hubiera nacido en esta tierra, pero que la amaba y conocía entrañablemente como ningún colombiano de la época, y al que las elites conservadoras consideraban como un “judío” ajeno a Colombia.



El criterio artístico de Friede se plasmaba en este principio esencial:

La obra de arte es una síntesis, la conciencia social vertida en forma plástica. El artista cuaja las pulsaciones sociales, intelectuales y emocionales de su pueblo o un grupo social dentro de él. Expresa las fuerzas vitales que conmueven a la sociedad, fuerzas que cuando llegan al punto de saturación, hacen surgir mentalidades que las captan y les dan forma plástica [...] la obra de un artista será siempre un producto de su tiempo, producto de las imperantes fuerzas sociales. En la obra de arte se polariza, en condiciones propicias, el conjunto de emociones, tradiciones, luchas, odios y preferencias que viven el pueblo y que podemos llamar 'conciencia social' (citado pág. 71).

A los temas de Friede como promotor y crítico de arte están dedicados los capítulos cuatro, cinco y seis de la primera parte del libro de Rueda Enciso (págs. 65-123). Debe destacarse que éste no se limita a hacer una exposición de las contribuciones que en ese terreno realizó Friede, sino que también reconstruye los debates, discrepancias e incluso

antagonismos y enemistades personales que se derivaron de sus relaciones con ciertos pintores, particularmente con Pedro Nel Gómez y Carlos Correa, aunque luego se distanciara de este último. Sobre el pintor Carlos Correa, Rueda Enciso reconstruye el ánimo sectario y dogmático contra su obra por parte de un sector de las clases dominantes de la Colombia de comienzos de la década de 1940. Nos recuerda que en el Segundo y Tercer Salón de Artistas Nacionales fue premiado un cuadro de Correa, titulado primero *La Anunciación* y luego *Desnudo*, en el cual se representaba a una mujer embarazada que desnuda yace junto a un vitral, como forma de contrastar la maternidad divina del cristianismo y la biológica de las mujeres de carne y hueso. Este cuadro, y el premio que recibió, soporaron la andanada de sectores reaccionarios y mojigatos de este país, que se expresaron a través de la prensa, en especial de *El Siglo*, el periódico de Laureano Gómez. En una ocasión este diario señaló que el cuadro en mención era un “sacrilegio abominable” cometido por “Carlos Correa, apadrinado por Ignacio Jaramillo, decano de la Escuela de Bellas Artes, y por un ciudadano extranjero, entendemos que judío letón, llamado Juan Friede” (citado nota 66, pág. 106). Este es un ejemplo de la intolerancia clerical y conservadora que además de chovinista era falsa, porque Friede era un ciudadano colombiano de hecho, ya que se había nacionalizado en nuestro país en 1930, era el más importante e ilustre divulgador artístico y poco después se convertiría en un connotado investigador y reconstructor de nuestra historia, siendo considerado como el impulsor de la moderna crítica de arte en nuestro país.

Friede y el indigenismo

En relación con el indigenismo en Colombia, Friede también fue un pionero a nivel teórico y práctico. En la década de 1940, en consonancia con lo que sucedía en otros paí-

ses (como México y Perú), en nuestro país se sintieron los ecos del indigenismo, impulsados por escritores y artistas, así como por los primeros antropólogos formados en la Escuela Normal Superior, y Friede fue quizá el más insigne representante de las corrientes indigenistas que se formaron en nuestro medio y que confluyeron en la fundación, en 1942, del Instituto Indigenista de Colombia. Por ser un infatigable viajero que había recorrido desde su llegada gran parte del territorio nacional, tuvo oportunidad de conocer, en forma directa, la vida y los sufrimientos de las comunidades indígenas y, con una rara sensibilidad en alguien que venía de Europa y estaba dedicado al comercio, Friede descubrió la importancia de los grupos indígenas y también denunció en varias obras a quienes los explotaban y exterminaban, esto es a los terratenientes y a la Iglesia católica, lo cual le generó más de un problema.



El primer trabajo sobre los indígenas lo publicó en 1943 con el título de *Los indios del Alto Magdalena: vida, lucha y exterminio, 1609-1931*, que sería el comienzo de una intensa actividad investigativa en este terreno que duraría casi medio siglo. En esta dirección el libro más importante, polémico y de gran impacto que produjo Friede fue *El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del macizo central colombiano*, publicado en 1944, al cual Rueda Enciso le dedica un capítulo completo, el primero de la segunda parte (págs. 195-224). En un país en el que las clases dominantes son racistas, como Colombia, el libro de Friede produjo mucho escozor, incluyendo

a ministros y académicos liberales, como Germán Arciniegas, para quien los indígenas eran una cosa del pasado, pero no del presente y quien escribía historia sin fuentes, recurriendo a una verborrea insustancial.

La importancia intelectual, política y cultural de este libro de Friede es indudable, porque por primera vez alguien que escribía en estas tierras se atrevía a hablar de manera directa sobre los indígenas no como reliquias del pasado, sino que registraba la terrible situación que soportaban en plena república y denunciaba a las fuerzas terratenientes que los oprimían. Este libro puede considerarse como una especie de manifiesto sobre los indígenas de este país, ya que alguien se encargó de recordar tanto su presencia para entender la historia de este territorio como el problema esencial que afrontaban, el de la tierra. Al respecto, en forma textual Friede afirmó: “Esta posición específica del indio frente a su tierra no ha sido, ni es entendida por sus vecinos blancos, para quienes la tierra, como cualquier otra posesión, es un objeto de compra-venta, ni han comprendido jamás el verdadero motivo de la tenaz lucha, que llevó al indio en el pasado y que lleva todavía, por las tierras de su resguardo y de su oposición a cualquier reparto” (citado pág. 215).

Como parte de su labor en defensa del indígena, Friede se hizo amigo de Manuel Quintín Lame, de quien fue compadre y al parecer aquél fue el primero que conoció de manera directa el manuscrito titulado *Las luchas del indio que bajó de la montaña al valle de la civilización*, hoy célebre entre los estudiosos del pensamiento indígena en Colombia.

De la misma manera, Friede vivió varios años en San Agustín y se convirtió en uno de los primeros en comprender la importancia del legado indígena allí existente. Luego de haber vivido en Bogotá e impulsado a los artistas mencionados líneas atrás, Friede se trasladó al sur del país y se instaló en San Agustín en 1942, donde aparte de dedicarse a la investigación y a la ganadería, se

empeñó en mostrar al gobierno nacional la importancia arqueológica que tenían las obras que allí se encontraban, puesto que como lo afirmaba en una carta de ese año: “Mi aprecio por la cultura de San Agustín no procede de una veneración por los milenios que nos separan de esta cultura, sino de ella misma, del espíritu americano que ella representa y de lo que ella pudo significar para el desarrollo de la cultura colombiana” (citado pág. 146). Por su interés en el rescate de la memoria indígena de Colombia a Friede se le debe el descubrimiento de sitios arqueológicos y la primera llamada de atención sobre la necesidad de conservarlos, porque según este autor, en San Agustín sobreviven “los despojos de una raza que modela en piedra toda su historia” (citado pág. 158).



Friede y la investigación histórica

Con respecto a la investigación histórica, tal vez el aspecto más conocido de la obra de Friede, debe recordarse que es uno de los renovadores de la historiografía en este país y no por un único libro como sucedió con autores como Luis Eduardo Nieto Arteta (*Economía y cultura en la historia de Colombia*, 1942), Guillermo Hernández Rodríguez (*De los chibchas a la Colonia y*

a la República, 1948) o Luis Ospina Vásquez (*Industria y protección en Colombia*, 1955), sino por una prolongada investigación que se inició en 1943 y se mantuvo durante más de cuarenta años, expresada en la publicación de decenas de libros y cientos de artículos publicados en revistas y periódicos de Colombia y otros países. El criterio que guió sus investigaciones se basó en una especie de máxima que el mismo Friede acuñó en 1941 al decir que es mejor ser un Quijote que un Hamlet, por lo cual quería dar a entender que “es mejor actuar, aunque mal, y producir, aunque en lo ridículo, que sólo pensar, hablar y vacilar y no actuar en nada. En un país tan joven y vigoroso como es Colombia, creo que deberíamos estimular el desarrollo de las fuerzas creativas, dejando que el tiempo y las circunstancias eliminen lo que es superfluo, falso e inútil” (citado pág. 179). Este criterio lo aplicó a su propia obra, la cual además inició aparentemente tarde, si se tiene en cuenta que su primera publicación la hizo cuando tenía 42 años de edad y se supone que un investigador inicia su trayectoria un poco más joven en edad cronológica, pero Juan Friede tenía a esa edad una enorme vitalidad y la convicción de realizar investigaciones históricas, convencido que para poder hacerlo debía contar con unos ingresos económicos propios que le permitieran dedicarse a esta labor, en una época en que en este país no existía nada parecido a la investigación profesional. Adicionalmente, Friede entendía que apoyarse en sus propios recursos era lo único que le permitiría ser independiente y no plegarse a las presiones de distintas fuerzas, ligadas a los partidos políticos, al Estado o a la Academia de Historia. Friede se dedicó con una pasión y disciplina envidiable a la reconstrucción de diversos procesos históricos porque consideraba que “la investigación histórica es una especie de enfermedad crónica, que una vez que se apodera de uno ya no lo deja, a pesar de todas las dificultades que puedan encontrarse en el camino” (citado pág. 191).



En términos de investigación histórica, los aportes de Friede fueron muy variados, pero a grandes rasgos pueden resumirse en los siguientes aspectos, como lo trata con detalle Rueda Enciso en la segunda parte del libro comentado, que está dedicada al itinerario intelectual de Juan Friede (págs. 195-442): primero, una consulta sistemática de los archivos a todo nivel, es decir, desde los archivos locales de los pueblos y de las comunidades indígenas hasta los archivos regionales y nacionales de los países y el Archivo de Indias en Sevilla, España. Esta labor lo llevó a descubrir gran cantidad de documentos sobre la conquista y la colonia, muchos de los cuales fueron publicados en varias colecciones de documentos inéditos de nuestra historia; segundo, una relación directa con las comunidades indígenas para reconstruir su historia en relación con los problemas de su presente, con el fin de captar la manera como esos grupos, y sus historiadores locales, ayudaban a perfilar una interpretación más amplia de la historia y también para conocer la geografía de las localidades estudiadas, en razón de lo cual Friede recorría, de manera directa, el terreno sobre el que escribía para compenetrarse mucho mejor y en forma más amplia con sus temas de estudio; terce-

ro, Friede consideraba que la historia la hacen los pueblos y no los individuos aislados y por ello su énfasis fue la reconstrucción de la historia de grupos humanos y de los individuos en su respectivo contexto social, porque desconfiaba de la historia heroica tradicional, tan fuerte en Colombia hasta hace poco tiempo. En forma enfática Friede señalaba al respecto: “Las culturas indígenas me interesan no tanto por los indígenas en sí sino porque soy un antihéroe. No me interesan los grandes hombres sino el pueblo. En el desarrollo de mi trabajo, a medida que más me iba interesando en el indígena más me iba interesando el pueblo” (citado, pág. 307). Esto es importante resaltarlo porque la historia dominante en su tiempo, y en especial la de la Conquista y la Colonia, se reducía a las acciones heroicas de los conquistadores y dejaba en la penumbra y el olvido a los sectores sociales subalternos, como los indígenas, los negros y los mestizos. Esa visión heroica no era sólo una forma de ver el pasado, sino el presente porque los historiadores que enfatizaban las virtudes de los grandes hombres (machos, militares y curas, en general) desconocían la acción de sujetos sociales colectivos que pudieran explicar el devenir histórico del país sobre el que escribían. En esta dirección, no es de extrañar que en un ataque hecho desde El Siglo se dijera respecto a la forma como interpretaba la historia colombiana que “el señor Friede es casi comunista por los conceptos que expresa con relación al tratamiento que debía dársele a los indios en la época de la Colonia [...] prueba de ellos es la terminología de carácter comunista que utiliza en sus obras indigenistas [...] Además, en varias publicaciones suyas ha tratado de desvirtuar la obra evangelizadora realizada por España en América [...] Dentro de este criterio anti-español juzga el señor Friede la situación del indio en la época colonial” (citado, pág. 264); cuarto, Friede fue uno de los primeros autores que introdujo en Colombia, junto con otros pocos escritores (como Nieto Arteta,

Antonio García, Hernández Rodríguez y Ospina Vásquez), el análisis social y económico de la historia para intentar determinar procesos estructurales antes que hechos aislados o anecdóticos. Sobre este tópico señaló a comienzos de la década de 1960 que era necesario “enfocar la historia bajo su aspecto social” e investigar la sociedad como tal y “no como la suma o sustracción de acciones individuales, por espectaculares que ellas sean. Y ciertamente, en los últimos tiempos los planteamientos sociológicos han penetrado no sólo en la historia política, económica e ideológica de la comunidad, sino que también en el arte y la literatura” (citado pág. 451, anexo 2).



Por supuesto, las posturas historiográficas de Friede le generaron serios problemas con el establecimiento histórico en Colombia, concretamente con la Academia Colombiana de Historia, entidad a la que perteneció durante muchos años, pero en la que entendía que no podía hacerse mucho, por su carácter profundamente conservador —en términos culturales y no sólo políticos—. De ahí que siendo de esa Academia, su actividad se desplegara en otros espacios y buena parte de sus publicaciones hayan sido auspiciadas por otras instancias edito-

riales. Para huir de la intolerancia y no sentirse asfixiado por la persecución pseudointelectual que se empezó a respirar en Colombia desde mediados de la década de 1940, Friede buscó refugio en otros países y vivió de manera intermitente entre España, Estados Unidos y Colombia, consagrando gran parte de su tiempo y energías a la consulta de archivos y a la publicación de obras y artículos sobre la época del Descubrimiento, la Conquista, la Independencia y algunas sociedades indígenas. Como parte del macartismo laureanista que hizo carrera en este país, cuando Friede fue propuesto para la Academia de Historia en 1950 el diario *El Siglo* manifestó su oposición a que hubiese sido candidatizado para ser miembro de esa institución el “señor Juan Friede, judío alemán, quien llegó hace algunos años al país y nada tiene que ver con Colombia y sus estudios históricos” (citado, pág. 261). Tamaña ignorancia ha sido característica de concepciones conservadoras y/o clericales, puesto que como los hechos lo demostraron Friede sí tenía mucho que ver con los estudios históricos de este país, hasta el punto que debía considerarse como uno de nuestros mejores historiadores y quizá el único conocido a nivel internacional a mediados del siglo xx.

Sobre todos los asuntos mencionados en esta nota se hace una reconstrucción sistemática en el libro de Rueda Enciso, en el que se nos muestra, con lujo de detalles, el itinerario personal e intelectual de Juan Friede. En este libro, bien escrito, riguroso y exhaustivo, su autor arma con paciencia y con copiosa información los episodios más importantes de la vida de Juan Friede, hasta construir una imagen amplia y consistente de tan interesante personaje. Las únicas limitaciones, en verdad marginales, que pueden encontrarse en este libro son cuestiones más bien formales y que se reducen a dos aspectos: por momentos se recurre, de manera exce-

siva, a citas textuales, que en ciertos casos son innecesarias, y hay notas a pie de página muy largas que se hubieran podido incorporar al texto principal; y dado que el autor consultó el archivo personal de Friede, prensa, y revistas, hubiera sido interesante presentar en el libro un anexo fotográfico, pues no hay ni una sola ilustración del personaje biografiado, lo cual hubiera ayudado porque el libro es bastante extenso y su letra un poco pequeña. Tiene eso sí, un anexo documental relacionado con el debate histórico que se dio en el seno de la Academia Colombiana de Historia a comienzos de la década de 1960, motivado por unos cortos artículos de Friede sobre la investigación histórica en nuestro país. El libro también incluye un amplio y útil listado bibliográfico sobre la obra de Friede y una cronología, un poco extensa, al final.

Este libro posee varias características significativas porque es uno de los primeros intentos de reconstruir con detalle la vida y obra de un notable historiador colombiano, que hizo importantes aportes al conocimiento de nuestro país, en especial de los grupos indígenas. En el texto se hace un seguimiento a las peripecias intelectuales de un autor que siempre dio muestras de ser crítico e independiente y, por lo mismo, soportó el señalamiento y la exclusión de los sectores dominantes y de sus ideólogos, entre quienes sobresalen los representantes de las jerarquías católicas, con los que Friede tuvo enfrentamientos en las décadas de 1940 y 1960. Así mismo, en esta obra queda claro que en muchos casos los pioneros de la investigación son personajes que, con esfuerzo, dedicación y tesón, y en contra de los cánones intelectuales establecidos, hacen aportes significativos y perdurables, en la medida en que reivindicaron su carácter independiente y se niegan a caer atrapados en las redes de la burocracia pública o privada. Ésta es una enseñanza perdurable de la vida de Juan Friede que tiene mucho que decir a las nuevas generaciones de historiadores y

antropólogos colombianos, muchos de los cuales no pasan de ser investigadores de escritorio, cuya escasa producción sólo sirve para congraciarse con el gobierno de turno o con la empresa privada y para obtener un cargo o altos estipendios. Don Juan Friede, como lo demuestra Rueda Enciso, en este sentido también fue un pionero porque, pese a todas las presiones, supo mantener su independencia hasta última hora, y esto le permitió producir una copiosa y variada obra, y no quedarse limitado a escribir un único libro y se dedicara, como sucede hoy, a rentar improductivamente de la fama cosechada por un solo producto investigativo. En síntesis, ese Quijote que era Friede nos enseñó, entre muchas cosas, que si el investigador se burocratiza se pudre en vida antes de morir.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Notable análisis sobre la otra cara de la Independencia

Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)

Jairo Gutiérrez Ramos

Instituto Colombiano de Antropología
e Historia, Bogotá, 2007, 274 págs.

La Independencia, un tema celebrado y recontado en innumerables ocasiones, ha vuelto a ponerse sobre la palestra pública a raíz del bicentenario, que ahora comienza y que se extiende en Indoamérica hasta el 2024. Éste es quizá el aspecto más difundido de la historia continental, conocido entre el gran público en virtud de su enseñanza obligatoria en distintos niveles de la educación básica y media, a través de los textos y manuales escolares. Y el tema es también importante porque se ha constituido en el mito

de origen de la casi totalidad de naciones que hoy configuran el espacio político de nuestro continente (con las excepciones de Panamá y Belice que surgieron en el siglo xx, en otros contextos y condiciones). En esta medida, para las clases dominantes de cada uno de los países de la región la Independencia se constituye en el punto de partida de la consolidación de la dominación de los herederos de los colonizadores europeos en las primeras décadas del siglo xix, siendo el origen de los linajes familiares de los caudillos, militares y curas que en gran medida han dominado la escena histórica hasta el momento actual.



Ahora bien, en la lectura de tan complejo proceso histórico ha predominado la mirada de los descendientes de los “criollos” hasta el día de hoy, desconociendo el papel desempeñado por los indígenas, negros, mestizos y pobres en general, como se pone de presente con el ocultamiento, para dar sólo un ejemplo, del papel que desempeñó la población de Haití no sólo en la expulsión de Francia de su territorio en 1804, sino en el comienzo de la emancipación en el resto del continente. El racismo con que siempre se vio la acción de los “jacobinos negros” de Haití explica que el segundo centenario de su independencia haya sido ignorado por completo en América Latina.

El desconocimiento de los sectores subalternos es más ostensible

cuando se trata de registrar los hechos en los que aquéllos mostraron su oposición, resistencia y rebelión —incluso armada— contra los proyectos independentistas, puesto que dichos hechos son presentados en las historias patrias como expresión de su atraso e irracionalidad. En la actual Colombia, la oposición más radical y más prolongada a la independencia fue la que se originó en el sur, en el actual departamento de Nariño, como se analiza en *Los indios de Pasto contra la República*, un libro en el que se escudriñan las razones que explican el comportamiento de estos sectores sociales durante la época de la emancipación.

Para comenzar, en la Introducción del libro se señalan claramente el sentido y alcance de la investigación. Como punto de partida se cuestiona la reiterada calificación de “reaccionarios” para referirse “a aquellas clases, grupos o sectores sociales que procuran preservar un determinado statu quo”, lo que acontece con la forma de evaluar las rebeliones antirrepublicanas de la época de la Independencia. La tentación de descalificar estas rebeliones cuando fueron protagonizadas por indígenas suele ser más notable, como expresión del racismo inveterado de los criollos y sus descendientes actuales. Además, agrega el autor, este tipo de descalificación asume un tono moral, sustentado en un maniqueísmo nacionalista que condena a los “indios realistas” por su “rudeza, fanatismo e incapacidad para comprender ‘lo que más le convenía a la patria’”, y por “empeñarse en defender a sus tradicionales opresores” (pág. 21).

En contravía de la historiografía tradicional, en este libro se busca explicar de manera “más matizada y comprensiva” las rebeliones de los indios de Pasto y para ello se apoya en la historia social, con la cual se busca ir más allá de la narración de los hechos para interpretarlos a la luz de la teoría social, se construye un modelo explicativo adecuado al fin propuesto. Se precisa, entonces, que se va a estudiar a los habitantes del campo que están signados por